

Dos nuevas falsas motivaciones: la mentalidad ejecutiva y el chantaje afectivo.

Qué nos impide educar hacia la madurez (III): La mentalidad ejecutiva y el chantaje afectivo

Fernando de la Puente, sj

En nuestro artículo anterior habíamos hablado de ciertos esquemas o estrategias de motivación que parecen normales y corrientes pero que en realidad son ineficaces y en muchas ocasiones contraproducentes. Tales son las que denominábamos el soborno, la amenaza, provocar promesas y el ridiculizar. Son atajos y presiones psicológicas con las que queremos algo imposible de lograr, obtener cambios de actitudes a corto plazo.

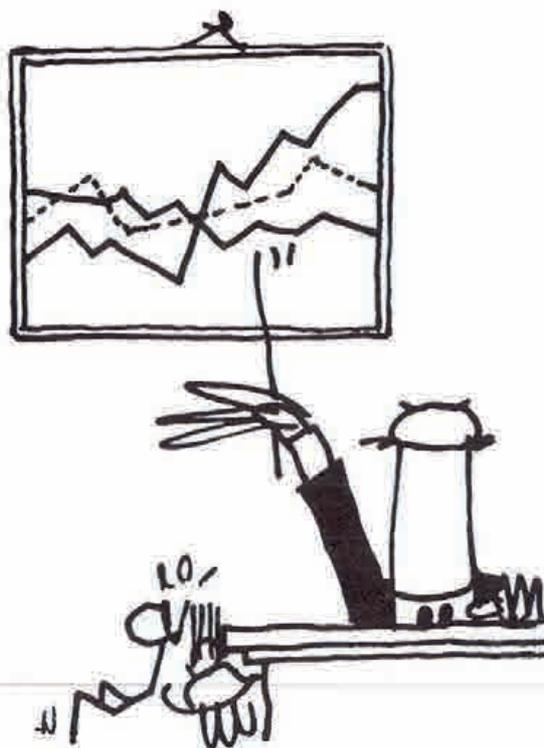
Abordamos hoy nuevos capítulos de impedimentos para educar hacia la madurez: la mentalidad ejecutiva aplicada al mundo de la educación familiar o escolar, y el chantaje afectivo.

La mentalidad ejecutiva

La obsesión de la eficacia

La mentalidad ejecutiva en educación consiste en trasladar al ámbito familiar o escolar los esquemas profesionales de dirección: por objetivos, tratamiento de datos, estudio de casos, etc. Es la "deformación profesional" que nos produce la publicidad, el trabajo que se espera de nosotros en las organizaciones, etc. Reflejamos esta mentalidad cuando pensamos de nuestros hijos o alumnos difíciles: *sin tanto diálogo ya sé lo que tengo que hacer con él*. Cuando un niño o adolescente tiene un problema o fracasa en algo lo convertimos en objeto de estudio y resolución de casos. Es el niño-objeto, el hijo-problema. Y entonces seguimos, en el mejor de los casos, aproximadamente el siguiente esquema,

- En primer lugar hablamos el padre y la madre tratando de analizar la situación del niño. Si es un problema escolar hablamos también con el tutor. ¿Qué hacemos en estos diálogos? Si estamos clarividentes y suficientemente creativos hacemos diagnósticos "lo que pasa es...", diseñamos estrategias y medios de solución.



- b) Después llamamos al niño y le comunicamos sencillamente lo que hemos elaborado. *"hemos pensado que lo que te pasa es esto y esto, y para solucionarlo vas a tener que hacer, etc."*
- c) El hijo, si tiene un carácter tranquilo y dócil, oye pasivamente lo que le dicen e incluso lo acepta resignadamente... o rechinando los dientes.
- d) Y se pone en práctica el plan de acción.

Ahora bien, puede ser que nuestro diagnóstico y plan de acción estén bien hechos. Y es posible que este "método ejecutivo" parezca o sea en principio más rápido y eficaz. Pero (¡atención!), nos parece un método peligroso:

- 1) Nos acostumbramos a creer que esto es un diálogo, cuando en realidad los hijos no se expresan, no se cuenta con ellos en serio, no nos interesan sus puntos de vista. Y por ello muchos niños/adolescentes pueden acabar pensando *"mis padres me lo solucionan todo, pero yo no les intereso nada"*.
- 2) Ellos no colaboran en su recuperación, se sitúan con pasividad, lo cual no es un aprendizaje de responsabilidad.
- 3) Y sobre todo, cuando vengan los problemas que no tienen receta y que dependen del diálogo, entonces nos encontraremos inermes, sin preparación, sin metodología. Entonces querremos dialogar y no sabremos o llegaremos tarde porque él o ella ya habrán pasado de nosotros, tendrán ya su mundo aparte.

La entrega de "bienes y servicios"

La mentalidad ejecutiva concibe exclusivamente la educación como una entrega de bienes y servicios. Parece el Estado del Bienestar agravado por la preocupación paterna/materna. Toda la obsesión es *darle cosas, que esté preparado*. Es la *mentalidad-intendencia*: darle medios, oportunidades, técnicas, un buen colegio, que vaya a Inglaterra a aprender inglés, que aprenda informática, que aprenda judo, que aprenda de todo.

Filosofemos un poco. Evidentemente darle cosas no es tarea fácil tampoco. Hay que tener dinero y a veces influencias, y esto no ocurre fácilmente. Pero al fin y al cabo, la entrega de bienes y servicios no me compromete como persona. Para "darle cosas" y pertrecharle como a una unidad de elite, no hace falta luchar por una coherencia personal entre lo que decimos y hacemos; no hace falta escuchar al hijo con empatía; ni hay que estar con tanto cuidado de no ridiculizarle ni utilizar otros falsos esquemas de motivación; ni hay que esforzarse por no desautorizarnos padre-madre. Darles cosas no nos compromete mucho como personas.

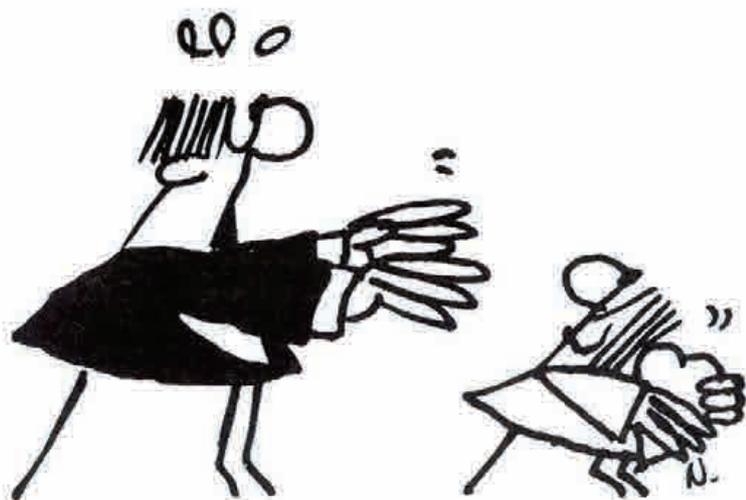


El auténtico modo de educar

Pero la mentalidad ejecutiva se olvida de que educar es una aventura humana, difícil y gratificante de ayudar a crecer. Dar cosas no es educar. Muchos niños hoy tienen miles de cosas, excesivas, pero su solidaridad, respeto y responsabilidad dejan mucho que desear. Educar es ayudar sobre todo a ser persona. Mi hijo puede tener cualidades limitadas, no ser muy simpático o inteligente, puede tener incluso defectos físicos, puede ser algo apático y repetir curso... pero hay algo que yo puedo ayudarle a lograr, y es lo principal, llegar a ser persona.

Ahora bien, no se puede ayudar a ser persona si al mismo tiempo el que educa no se implica personalmente en ese proceso. Hemos oído decir con razón a muchos educadores, *"mis hijos, o mis alumnos, me han ayudado a mí, a ser persona"*. Ser padre o educador es una difícil aventura humana, porque supone un compromiso (¿hay algo que vale la pena, sin compromiso?). En los padres este compromiso consistiría fundamentalmente en: — clarificar la vida afectiva de la pareja o reconstruir lo más posible la amistad mutua; — vivir con un mínimo de serenidad, sin excesivos nervios, controlándose en beneficio de un clima familiar soportable; — clarificar su propia ideología ética, humana, religiosa, para poder formular a los hijos, cuando pregunten, las razones de sus valores y ser testigos de los mimos.

¿Será este el verdadero problema de educar? Creemos que sí lo es. Pero, afortunadamente, es algo que podemos llegar a resolver, aunque suponga esfuerzo. Educar no consiste preponderantemente en decirles lo que tienen que hacer, o criticarles lo que han hecho mal, o buscar solución a sus problemas; aunque hay que hacer algo de todo esto. Educar, sobre todo, consiste en ayudarles a ser personas, y para ello hay que realizar una serie de tareas que no se traducen precisamente en dar cosas, sino en *observar, escuchar, tener ilusión, clarificar mis ideas y razones*.



aceptarles y quererles como son. Y esto no es un juego o una técnica para obtener objetivos a corto plazo, sino un proceso de implicación personal.

A veces, la obsesión por alcanzar "los objetivos" nos impide estar a gusto y disfrutar de los hijos. Llegamos incluso a romper el diálogo y la comunicación, y por lo tanto destruimos nuestra capacidad de influencia. Vivimos en familia como con relaciones diplomáticas tirantes. Nunca "está el horno para bollos". Al crear esta tirantez nos castigamos todos a no hacer hogar, no hacer momentos felices, porque "estamos oficialmente disgustados".

Olvidamos que la relación padres-hijos no es sólo relación de eficacia; sino de gozo, disfrute y comunicación-confianza. Es en esa relación donde se transmite autoestima, satisfacción afectiva, llenura afectiva. Y un adolescente lleno afectivamente es un adolescente "prevenido"... con capacidad de no dejarse llevar de la relación sexual inmadura y temprana, de la ruta del alcohol, de todo tipo de evasión cuya clave interpretativa es siempre la de un vacío afectivo.

El chantaje afectivo

Otra de las razones que nos impide educar hacia la madurez es la amenaza directa o indirecta de los hijos de castigar a los padres con retirarles su amistad, cariño y comunicación. El chantaje afectivo está a la orden del día. Es el clásico mensaje del niño consentido, "si no me das esto, no te quiero, me enfada contigo, no como, no estudio, etc."

Esta amenaza hace tambalear nuestra firmeza porque tememos fracasar afectivamente con los hijos, que se nos distancien, perder su amistad y cariño, "si no le concedo esto, si soy firme, se me distancia". Y esto produce con frecuencia celos entre el padre y la madre porque los hijos saben jugar a refugiarse en el otro para intensificar el chantaje. A veces incluso

hacemos de la necesidad virtud y formulamos una filosofía educativa a espaldas de la firmeza; lo que me preocupa es que me quieran y que disfrutemos de una convivencia agradable, ya tendrán suficientes dificultades en la vida. Pero no somos blandos por principios sino por miedo a perder su cariño.

El chantaje es más frecuente y profundo cuando hay ruptura afectiva en los padres o educadores, y en general cuando no hay acuerdos mínimos sobre el modo de educar y exigir. Para no ser blandos hay que estar unidos y de acuerdo. "Si yo (el padre) hago de malo y ella (la madre) hace de buena" o al revés, y en general, si

no nos ponemos de acuerdo, cederemos más fácilmente al chantaje afectivo. Si en un centro educativo los profesores no se ponen de acuerdo en el modo de establecer una disciplina, al final nadie querrá hacer de "agor", y todos irán cediendo al chantaje afectivo. El desacuerdo en los educadores o su falta de unión y amistad, aumenta la predisposición al chantaje afectivo; se pierde firmeza. Los niños son todo ojo avizor para sacar ventajas.

Esto nos lleva de la mano a otro gran impedimento de la educación hacia la madurez que es la educación blanda, de la que trataremos en un próximo artículo. ■

Cuestionario para padres

- A) ¿Cuáles son los chantajes afectivos más frecuentes de mis hijos? ¿Cuáles son las circunstancias reales que me llevan a ceder ante el chantaje afectivo?
- B) ¿Tomo algunas decisiones sobre mis hijos sin contar verdaderamente con ellos? ¿Llevamos en realidad la decisión ya tomada? ¿Cómo reaccionan mis hijos cuando actúo así?
- C) ¿Hasta qué punto estoy transformando mi acción educativa en dar cosas y ofrecer oportunidades a mis hijos evitando la escucha, la presencia, la motivación coherente, etc.? ¿Cuál está siendo mi tendencia?
- D) ¿Soy capaz de aceptar a mis hijos tal como son? ¿Temo que si los quiero como son no van a intentar superarse? ¿Hay otras causas?